

Entre dos culturas

## Mi feliz encuentro con Suecia

Beatriz de la Iglesia



Llegué a primeros de mayo de 1983 a vivir a Estocolmo. En Madrid, ya hacía calor y era primavera, en Estocolmo no.

Nunca había vivido en una casa tan maravillosa. El palacio del príncipe Karl. Máximo Cajal, mi marido, había sido nombrado embajador de España en Suecia. Todo fueron sorpresas al principio y yo no hacía más que admirarme y meter la pata.

En el cristal de una de las ventanas que daban al jardín de poniente, Ingeborg de Dinamarca (abuela de Balduino de Bélgica) y mujer del príncipe Karl, escribió con un diamante el día de su marcha

algo así: Deseo a quienes vengan a vivir a esta casa tanta felicidad como mi familia y yo hemos tenido en ella. ¡Imposible mejor bienvenida!

En todas las ventanas (incluida la del escrito), había unos preciosos termómetros redondos de bronce muy visibles. Qué pena que no funcione ninguno, me dije. Todos marcaban cero grados y para mí era impensable que a mediados de mayo no subiera la temperatura. ¡Menos mal que no los toqué! Empezaron a subir, y vaya si subieron.

Fue aquel un verano atípico y calurosísimo donde nada estaba preparado para el calor. Leíamos en nuestro precioso jardín de noche a

plena (aunque blanquecina) luz del día. Y nos despertaban los pájaros al alba, a eso de las cuatro de la mañana. Estábamos fascinados.

Recuerdo nuestros paseos por Djurgården. Hacía bueno y las mujeres tomaban el sol en el parque descamisadas, literalmente. ¡Qué paletos nos sentíamos pensando que aquí mientras tanto no estaba permitido siquiera pisar el césped!

Cerca de casa había un pequeño museo de historia natural. Bueno, bueno, lo nunca visto; gallinas polares, perdicés albinas, liebres blancas. Otro mundo.

Más salíamos de casa, y más exótico nos parecía el norte.

Llegó aquel primer otoño y ya, con los días más cortos y los primeros fríos, nos aventurábamos algunos fines de semana por los bosques de alrededor. Otra sorpresa. Nos encontramos setas a montones, cantidades de setas pero todas blancas, únicamente blancas, exclusivamente blancas. Ah, nos dijimos con esa propensión humana a generalizar lo particular, como en el museo. En Suecia, las setas también son blancas. Pero, qué va nos dijeron nuestros amigos los Uriz al comentarles nuestro descubrimiento: Solo quedan las blancas porque son las que no recogemos. Es bien sabido que las setas blancas, o son venenosas o no tienen especial valor culinario.

Como digo, la llegada a Estocolmo fue para mí un auténtico ejercicio de humildad.

Y qué decir de las comidas. El descubrimiento del *Torsk*. Nunca en toda mi vida habíamos probado un pescado blanco más delicioso. En Suecia sin embargo lo consideran menú de hogares humildes. El diccionario lo traduce como bacalao. Será, pero nada que ver con lo que para nosotros quiere decir bacalao. ¿Y las albóndigas? Resulta que son el plato nacional. Se llaman *köttbullar* y en cada casa, como nuestro gazpacho, saben distinto. Y el *akvavit* y los *brindis*... Yo pedía en la oficina traducción literal de los menús para poner en la mesa. Reconozco que sobre todo, los nombres de algunos postres permitían distender la conversación y no tomar demasiado en serio el protocolo. Brazo de gitano, tocino de cielo, niños envueltos, soldaditos de Pavía...

Bien es verdad que enseguida aprovechaba yo para contarles cómo traducía al castellano los nombres y apellidos suecos y cómo recordaban a los “piel roja” americanos de las películas de mi infancia: Ramita de abedul rota, Lobo hijo del corazón, Halcón gris...

La visita al mercado de Saluhallen, dónde ya entonces estaba prohibido fumar, fue para nosotros emocionante. Mesitas para tomar algo entre los puestos, silencio, puestos de salmón fresco, en conserva, marinado, en paté, ahumado... diferentes y múltiples clases de patatas para según qué usos. Por cierto, qué alegría comprobar que en ese idioma endiablado, patata se dice casi igual: *Potatis*. ¡Qué fácil! Y las *påskris*, esas ramitas adornadas con plumas de colores que se colocan en casa en Pascua y pronto les brotan unas hojitas que anuncian la primavera.

Pero, seguramente como siempre, los libros. Los grandes amigos. Per Olov Enquist, poco traducido al castellano, a quien leí en francés su *Le départ des musiciens* y me explicó como nadie de dónde venía esa Suecia que tanto me fascinaba. Y Artur Lundkvist y su mujer la poetisa María Wine, tan guapa, tan sueca, tan Greta Garbo.

Con Artur, gracias a Paco y Marina Uriz, tuvimos bastante relación. Recuerdo que en una cena en casa, me contó sus peripecias y sentimientos mientras estuvo casi tres meses en coma tras sufrir un ictus. Esa noche, desvelada por su increíble historia la pasé levantada. Tiempo después lo contó en un libro que, en sueco, nos trajo dedicado y que, sin haber podido leer ni una palabra, todavía conservo. En España se publicó con prólogo de Carlos Fuentes y se llamó *Viajes del sueño y la fantasía*.

Estábamos allí cuando Ingmar Bergman decidió volver y, en olor de multitudes, estrenó un *Rey Lear* de Shakespeare en el teatro Dramaten. Tampoco nos lo perdimos.

Y las “rentas” de haber leído antiguamente a Strindberg y sus recuerdos de infancia en el campo...

Mis paseos por los cementerios (otra vez Greta Garbo) con aquel silencio acolchado de la nieve impoluta atravesada por huellas de liebre. La espectacular escarcha

de hielo que de vez en cuando, como un regalo y por sorpresa, convertía los árboles y las plantas en esculturas de cristal. Los atardeceres interminables, los patinadores de lago y de mar, los esquiadores de aceras... La falta de pompa y pomposidad. La sobriedad en las costumbres y en el trato.

Recuerdo nuestra salida de Palacio una noche a bajo cero aunque sin nieve tras una cena de gala. Esperábamos el coche que avanzaba lentamente a recogernos cuando salió el primer ministro Olof Palme con su esposa. Allí nos quedamos con ellos esperando que su coche les recogiera antes a ellos por pura educación y pensando que, a esas temperaturas, no duraría la espera más de unos minutos. Pues bien, en vista de que pasaba el tiempo y aquello se prolongaba, Cajal, convencido de estar siendo muy oficioso, se aventuró a ofrecerse para llevarles en nuestro coche. No, no, gracias, nosotros nos vamos en metro que está aquí al lado. Y dicho y hecho, se despidieron y emprendieron camino. No nos lo podíamos creer.

Escribo y escribo de un tirón estas líneas sin orden ni concierto y sin el menor esfuerzo. Al hacerlo, comprendo que aunque solo pasamos allí dos años, de ningún otro lugar conservo tan buenos y entrañables recuerdos ni tan queridos y buenos amigos.